

tenderles la mano en caso de necesidad y contener á los Españoles. Pero los Alemanes son mucho más dados al amor de su patria, y no aprueban que los extranjeros desmembrén el imperio por más ventajas que se les prometan, prefiriendo, por una política digna del clima, la conservación de un cuerpo del cual son miembros á la ventaja que cada uno de ellos pudiera obtener en la división del imperio. Desean mucho verse restablecidos en sus antiguos privilegios y que la autoridad de los emperadores se mantenga dentro de los límites marcados por las constituciones del imperio; pero no quieren alcanzar estos beneficios con la separación de parte alguna de sus Estados, ni que los príncipes extranjeros, á fin de tener el medio de auxiliarles, se engrandezcan á sus expensas, (1). A esos buenos sentimientos no les faltaba más que la fuerza para hacerlos prevalecer; pero la fuerza era una condición esencial; en su defecto, como dice el plenipotenciario francés, las dos coronas extranjeras dieron la ley en el seno de una asamblea del imperio (2). Para obtener la reparación de sus agravios, los príncipes alemanes católicos y protestantes se vieron obligados á asegurarse el apoyo de Suecia y de Francia; es decir, que á su pesar prestaron su mano al desmembramiento de Alemania (3).

Hay que añadir, para ser justos, que los protestantes fueron menos culpables que la Casa de Austria y que los príncipes católicos, sus aliados. En el congreso de Munster, los católicos favorecían las pretensiones de Francia, y el duque de Baviera sobre todo protegió sus invasiones. Los católicos hicieron en Alemania en el siglo XVII lo que habían hecho en Francia en el XVI: sacrificaron los intereses de su patria á los de la religión. El duque de Baviera tenía un motivo más personal para ponerse del lado de Francia; quería conservar á toda costa al Alto Palatinado y la dignidad electoral. El despojo del elector palatino fué una de las causas que perpetuaron la guerra, y también fué una de las causas de la flaqueza del emperador en las negociaciones. Por un castigo divino, aquel

(1) Carta del conde de Avaux y de Servien al cardenal Mazzarino (*Negociaciones secretas para la paz de Munster*, tomo III, 2, p. 21).

(2) *Memoria del conde de Avaux*, 11 de Febrero de 1647 (*Negociaciones*, IV, 19).

(3) ADAMI, *Relatio historica de pacificatione Osnabrugensis*, XI, 9, p. 219; XIII, 4, p. 236.

que se aprovechó de los despojos se puso en contra del expoliador: la pérdida de la Alsacia fué el castigo de la arbitrariedad y de la ambición de Fernando (a).

§ IV.—Las potencias protestantes.

N.º 1.—La Inglaterra.

En el siglo XVI se había colocado la Inglaterra á la cabeza del protestantismo, habiéndolo sostenido en Escocia, en los Países-Bajos y en Francia. Pero en el siglo XVII fué casi extraña á la larga guerra que decidió el porvenir de la Reforma: prueba evidente de la influencia funesta que la herencia del poder real ejerce en el destino de las naciones: poderosa la Inglaterra en tiempo de Isabel, cayó bajo sus sucesores los Stuardos en tal grado de nulidad, que el nombre inglés llegó á ser objeto de desprecio. Mucho se ha lisonjeado á Isabel, pero cuando se la compara á sus despreciables sucesores aparece superior á todo elogio. La reina tenía elevado espíritu; sólo la faltaba grandeza á causa de su egoísmo. Jacobo I era un monigote que hubiera hecho un buen domine de gramática, pero que hizo un detestable soberano. Y no es que fuese indiferente á la causa de la Reforma, sino que creía llenar todos sus deberes de príncipe protestante escribiendo libelos contra el Antecristo de Roma. Tenía, sin embargo, un interés de familia y de honor en la guerra que ensangrentó á Alemania, puesto que era su yerno el elector palatino, electo rey de Bohemia, y los hijos de éste, despojados por Fernando, eran, por lo tanto, descendientes suyos. Jacobo I tenía mil razones para intervenir en la guerra: la causa del protestantismo era la suya, y el mantenimiento del equilibrio político, amenazado por la preponderancia de Austria, era la especial misión de la Inglaterra. ¿Por qué Jacobo I se mantuvo extraño á una lucha en que se agitaban los más grandes intereses de la humanidad, que eran también los de la nación inglesa?

La existencia de la Reforma estaba en litigio; sin embargo, el rey de Inglaterra encontró en los principios de la religión que profesaba una razón

(a) Como se ve, Laurent hace recaer la culpa sobre la víctima y la gloria sobre el verdugo.—(N. del T.)

para censurar al rey de Bohemia en vez de sostenerle: "El protestantismo, dijo, no permitía trasladar las coronas de un príncipe á otro por motivos de religión; era necesario dejar á los jesuitas la funesta doctrina que autorizaba la deposición de los reyes; la Iglesia, de la cual era jefe, hacía profesión de obedecer á los señores temporales; así fueran Turcos ó infieles," (1). Pero esas bellas frases no eran más que pretextos; la verdadera razón por que retrocedía Jacobo I ante la guerra era su pusilanimidad. "El carácter tímido del rey de Inglaterra, dice Richelieu, le inclinaba siempre á la paz," (2). Cuando Fernando, abusando de su victoria, despojó al elector palatino de sus Estados hereditarios, Jacobo I debió intervenir; pero en vez de hacerlo con las armas en la mano, como convenía á una gran potencia, quiso negociar, medio infalible de perder toda influencia y de quedar en ridículo. Así es que se hicieron caricaturas del rey negociador, representándole unas veces con una vaina sin espada, y otras con una espada que porción de personas hacían esfuerzo inútil por sacar de la vaina. Se escribían comedias en las que se hacía burla del rey y de sus aliados: se anunciaba en ellas la pérdida del Palatinado, y Jacobo I iba á resguardar la herencia de sus nietos enviando 100.000 embajadores; además, el rey de Dinamarca reforzaba ese formidable ejército con 100.000... arenques, y la Holanda añadía 100.000... toneles de cerveza (3).

La nación se indignaba de la cobardía de su soberano, y sus pasiones religiosas, fuertemente excitadas, iban á provocar una revolución. En semejante situación de los ánimos, la elección del rey de Bohemia produjo un gran entusiasmo. El arzobispo de Cantorbery, constituyéndose en órgano de los sentimientos nacionales, pidió que se iluminase la ciudad y se echasen á vuelo las campanas, para manifestar á la Europa que el rey sostendría resueltamente la causa del elector palatino; el prelado anglicano veía en aquella elección la mano de Dios, y esperaba que poco á poco todos los reyes de la tierra abandonarían á la *gran prostituta* (4). La voz del pueblo era ciertamente la voz de Dios'

(1) Carta de Buckingham á Gondemar, embajador de España (RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 125.)

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 118.

(3) RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 201.

(4) LINGARD, *Hist. de Inglaterra*, t. IX, p. 280.—RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 143.

dependía del rey de Inglaterra el consumir la ruina de la Casa de Austria en el principio de la lucha, el asegurar al protestantismo la preponderancia, y tal vez la dominación en Alemania, y, por consiguiente, en toda la cristiandad. La revolución de Bohemia y de Hungría y la insurrección de sus Estados hereditarios pusieron á Fernando á dos dedos de su ruina; no faltaba más que un jefe para todas aquellas fuerzas desencadenadas; si Jacobo I hubiese tenido el genio de Gustavo Adolfo, habría sonado la última hora de la Casa de Austria y del catolicismo. El parlamento le ofreció subsidios, y de tal magnitud como no los había recibido ninguno de sus predecesores, si quería tomar á su cargo la causa de la Reforma, diciéndole con gran previsión que el papa, ligado con la Casa de Austria, buscaba la destrucción del protestantismo, en cuya ruina irían envueltos los príncipes, puesto que el rey de España aspiraba á la monarquía universal, como el papa á que dominase su Iglesia. Pero ¿qué respondió el rey á esas prudentes y enérgicas representaciones? "Que el parlamento se había mezclado en asuntos que no entendía y que no eran de su competencia: *Ne sutor ultra crepidam*. Que sólo al rey, iniciado en los secretos de la política, correspondía el decidir cuestiones de paz y de guerra," (1).

Cárlos I continuó la política de su padre, si política puede llamarse el abandono de los intereses más preciosos de la nación; continuamente se veían embajadores ingleses en Viena y en las dietas del imperio; pero aquellas negociaciones no conseguían más que revelar la impotencia de Inglaterra, de la cual, dice Richelieu, se burlaban en Ratisbona (2). Cuando los pueblos apelan á la fuerza, no hay más medio de negociar que el de empuñar las armas. En realidad, Cárlos I no comprendía nada de los grandes intereses que se ventilaban en la guerra de los treinta años. En 1634, el canceller Oxenstiern envió á su hijo á Inglaterra para concluir una alianza con el rey y contra la Casa de Austria; el rey respondió que no tenía motivo para intervenir en Alemania, sino que fuera para restablecer á sus sobrinos en el Palatinado; que, por lo demás, la guerra no le interesaba (3). Pero era otra

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. IX, p. 1543; t. X, página 373.—LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. II, p. 606, 610.—RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 175-189.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. VI, p. 286.

(3) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 381.

la razón que impidió á Carlos I entrar en una alianza con la Suecia, y es la de que la liga hubiera sido provechosa á la Francia; y los Ingleses tenían un odio tan profundo á sus vecinos, que por satisfacerlo prescindían de su propio interés (1). Pero en lugar de combatir á escondidas á sus invasores vecinos (2), lo que les hubiera convenido era disputar su predominio en los campos de batalla: una intervención poderosa de Inglaterra en aquella formidable lucha hubiera podido impedir el peligroso engrandecimiento que la paz de Westfalia dió á la Francia. Mas para aquello era preciso acudir á medios diversos que los de las intrigas diplomáticas. Richelieu habla con desden de aquella lastimosa política: "Carlos I, dice, daba un auxilio miserable á su pariente el príncipe palatino, más bien para ponerle en situación de ser derrotado que para asistirle y ponerle en situación de restablecer sus asuntos., Pero hizo otra cosa peor: Carlos I favoreció á los Españoles por bajo de cuerda, y todo en odio á Francia. Refiriendo ese hecho el cardenal, exclama: "El rey de Inglaterra tenía más motivo que nadie para hacer la guerra á la Casa de Austria; tenía ménos que temer para sí y más gloria que esperar que ningún otro. Sin embargo, para obtener alguna sórdida ganancia, se avenía á que se tuviera de él la infame opinión de que era capaz de unirse á los enemigos contra su propio decoro., (3).

Verdad es que las divisiones religiosas y políticas que desgarraban la Inglaterra no la permitían representar un papel considerable en la gran lucha de los treinta años; pero ¿no hubieran evitado la revolución los Stuardos si, accediendo á los votos del país, le hubieran lanzado á una guerra extranjera, la cual, siendo religiosa, hubiese dado satisfacción á las pasiones anticatólicas de que participaban todos los partidos? La verdadera causa de la debilidad de Inglaterra durante la primera mitad del siglo XVII fué la oposición entre la monarquía y la nación. En tiempo de la república y de Cromwell, la Inglaterra recobró el puesto que le pertenecía en el mundo político; volvió á decaer con la restauración, hasta que la revolución de 1688 puso el gobierno en manos de la nación (a), ha-

(1) Son las mismas palabras de VILLEROY en una carta á Jeannin (*Negociaciones de Jeannin*, véase á PETITOT, serie 2.^a, tomo XIII, p. 107).

(2) Acerca de las intrigas de Inglaterra en Heilbronn, véanse las *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 342.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. XXX, p. 451, 528.

(a) No, de la aristocracia.—(N. del T.)

ciendo del monarca una simple rueda del mecanismo constitucional.

N.º 2.—La Holanda.

La guerra de los treinta años interesaba á todas las potencias protestantes, siendo aquélla una lucha entre la reacción católica y la Reforma; pero afectaba más especialmente á los pueblos que podían temer la supremacía de la Casa de Austria; uno de ellos era la Holanda, compuesta de las provincias que se habían sublevado en el siglo XVI contra la dominación española. No había perdido España la esperanza de reconquistarlas, y lo cierto es que, si el catolicismo y Fernando hubieran triunfado en Alemania, la nueva república hubiese perecido. Ese lazo de solidaridad entre los Estados protestantes explica el llamamiento que hicieron los Bohemios sublevados á sus hermanos de los Países-Bajos. ¿Por qué entonces las Provincias-Unidas no tomaron una parte activa en la guerra de Alemania? No es que cerrasen los ojos al peligro que las amenazaba; desde las primeras victorias del emperador, la república propuso á Francia é Inglaterra una coalición contra el imperio: "El mejor medio de arruinar el poderío español, decía, es llevar la guerra á su país, como hizo Aníbal contra los Romanos. La Francia podía fácilmente atacarles por tierra, mientras que las escuadras reunidas de Inglaterra y de Holanda devastasen las costas de España y destruyesen su comercio., (1). Richelieu no aceptó esas proposiciones; antes de llevar la guerra al extranjero, quería pacificar á la Francia, sin cesar desgarrada por las discordias entre los hugonotes y los grandes del reino. Cuando el rey de Dinamarca, y después de él Gustavo Adolfo, entraron en campaña para defender el protestantismo, la Holanda les suministró recursos pero no tomó parte directa en la guerra; y eso se concibe bien. Holanda tenía necesidad de todas sus fuerzas para sostener la lucha contra España, la cual había abierto las hostilidades de nuevo al terminar la tregua. Por otra parte, la república no tenía los mismos intereses religiosos y políticos que la Suecia. Los Suecos eran luteranos, mientras que el sínodo de Dordrecht había proclamado el más estricto calvinismo. Divididos por sus

(1) LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. II, p. 760.

creencias los Holandeses y los Suecos, lo estaban también por su ambición: la república tenía el espíritu innovador de Gustavo Adolfo.

Hé ahí por qué las Provincias-Unidas permanecieron en cierto modo desviadas de la guerra de treinta años. Sin embargo, no dejó de tener importancia la parte indirecta que en ella tomaron. Al ocupar las fuerzas de España en los Países-Bajos, la república la estorbó que prestara auxilios de consideración al emperador. La guerra de los reyes católicos con sus antiguos súbditos era la llaga de la monarquía, y Richelieu tuvo buen cuidado de ahondarla y envenenarla, dando auxilios á los Holandeses. Cuando la Francia en 1635 se decidió á romper abiertamente con España, celebró un tratado con la república para la conquista y repartición de los Países-Bajos españoles. La república había provocado el rompimiento, y á primera vista parecía que su interés capital se cifraba en la expulsión de los Españoles. Pero ¿cosa notable! en su seno se formó ya entonces un partido que deseaba la paz con España y que acabó por sobreponerse al partido de la guerra. Un dicho atribuido al príncipe de Orange explica aquella evolución: "Preveo, decía, que mi hijo no podrá evitar el hacer algún día contra la Francia lo que Mauricio y yo hemos hecho contra España., (1). Los Holandeses no temían ya á los Españoles; comenzaban, por el contrario, á temer la ambición francesa, y preferían con razón tener por vecinos los Países-Bajos españoles á tener una poderosa nación que comprometería su prosperidad comercial y que sería un peligro para su misma existencia.

La oposición de intereses estalló en las negociaciones de Osnabruk. Con gran escándalo de los diplomáticos se vió fraternizar á los embajadores de España con los de Holanda, y los Franceses escribieron al conde de Brienne en 14 de Enero de 1646: "Quedaréis sorprendido al saber que los plenipotenciarios de España no han sido los últimos en visitar á los de Holanda, habiéndoles cumplimentado y dádoles el tratamiento de excelencia., Y el 20 de Enero: "El cuidado que los Españoles ponen en obsequiarles y acariciarles es increíble. También los imperiales les han dado el tratamiento de excelencia., La intimidación fué creciendo: "Los plenipotenciarios españoles decían

(1) LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. IV, p. 803.

á los Holandeses que su guerra con España era justa, puesto que la hacían por defender su libertad, pero que eran muy poco cuerdos en auxiliar á Francia á extender sus fronteras, cuya vecindad debía causarles temor., (1). El interés de los Españoles al tratar con los Holandeses era evidente: no querían la paz con Francia, y Francia tampoco la quería; importaba á ésta conservar un aliado en los Países-Bajos, y la España estaba interesada en arrebatarles esa alianza. En cuanto á la república, había diversidad de opiniones: querían unos la alianza francesa, ó por ambición de conquistas, ó por fidelidad á los compromisos contraídos, ó por gratitud á los servicios que se les había prestado; otros, y éste era el mayor número, querían la paz, porque tenían tener á los franceses por vecinos. El plenipotenciario francés Servient escribió á las Provincias-Unidas una epístola enérgica contra los que proclamaban la alianza española: "Por un procedimiento que hubiera causado horror á vuestros antepasados se predica audazmente entre vosotros la alianza con vuestro enemigo y se trabaja por hacer sospechosa la conducta de vuestros más antiguos amigos, á fin de romper una confederación tan santamente cultivada por parte de Francia y que ha sido la principal causa de vuestras prosperidades y de las nuestras... Los que quieren romper esta unión tan constantemente sostenida han olvidado que no hay casi lugar en esas provincias donde los Españoles no hayan hecho sentir su crueldad, ni hay tierra que no hayan enrojecido con su sangre los Franceses en vuestro servicio., (2). Las naciones no brillan por la gratitud, y olvidan fácilmente los servicios recibidos, sin duda porque aquellos que se los prestan no lo hacen más que por su interés. El temor de la ambición francesa fué más poderoso que la fe jurada. Un anónimo respondió á Servient: "La política de la Francia es engrandecerse á toda costa, y por cualquier medio que ser pueda, prefiriendo el logro de sus grandes proyectos á todas las demás consideraciones... La Francia aspira á la dominación universal, y con este propósito continúa la guerra., (3).

Los republicanos de Holanda veían claro. Tan luego como la guerra de treinta años puso fin á la dominación de la Casa de Austria, el vencedor se

(1) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. XIII, páginas 17, 18, 58.

(2) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. IV, p. 87.

(3) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. IV, p. 95.